

EL CASTELLANO

SEMANARIO CATÓLICO

Redacción y Administración.

Calle de la Plata, núm. 13.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Subscripción.

Un año.....	3,00 pesetas.
Número suelto.....	0,05
Idem atrasado.....	0,10

PAGO ADELANTADO.

Almacén de materiales de construcción
de la
Viuda de Guillén
Tornerías, 15.—Teléfono 350
Toledo.

Cementos Portland, Cales hidráulicas, Baldosín de Ariza, Azulejos, Mosaicos hidráulicos, Vidrios planos, Sifones, Sumideros, Inodoros, Losetas para aceras, patios y bodagas ó lagares.

BUENA LECCIÓN!

Nos gusta respetar las ideas noble y generosamente defendidas y por eso hoy, al combatir con los *repúblicanos del día*, nos dá lástima de esos republicanos de orden, de esos hombres que alcanzaron tiempos mejores para una causa por ellos defendida, con más ó menos suerte, pero siempre con decoro y dignidad.

Esos hombres merecen nuestro aprecio y nuestra estimación, mucho más en estos días en que se sufre al ver en lo que han venido á parar los republicanos, y al considerar que su causa ha sido bastardeada y echada á perder por cuatro pillos, que sin ley y sin conciencia, sin corazón ni sentimientos generosos, lo atropellan todo con tal de comer á costa de los demás.

Nada de cuanto EL CASTELLANO diga va con esos hombres que de *buena fe* creen en la república como la forma de gobierno más á propósito para regenerarnos, pero unimos nuestra indignación á la suya para reprochar como se merece á esa canalla inmunda que hace de la república fuente de crímenes y desórdenes.

Desgraciadamente, según se han puesto las cosas, no caben medias tintas, y el hombre honrado, aunque sea partidario de la república, no puede ayudar á esos bandidos que se titulan republicanos para ocultar sus crímenes con una capa política.

El pueblo de Toledo presencié el domingo un espectáculo que hubiera sido cómico si no hubiera sido repugnante.

Lerroux, acusado de innumerables maldades de todo género, paseó por la ciudad de los concilios, y el hombre cuya mano no se atreven á estrechar las personas honradas, fué presentado al pueblo toledano como regenerador y defensor de la justicia y la verdad.

¡Muy bien, Sr. Besteiro! ¡Que sea enhorabuena! ¡Es una amistad que le honra! ¡Si ese es el apóstol, buena será la doctrina! ¡Qué amigos tienes, Benito!

Mientras la minoría republicana del Congreso comía alegremente en Toledo á costa de sus parientes en segundo grado, los obreros en Madrid clamaban contra ellos porque abandonan los intereses del pueblo.

Este, tanto de remate siempre y en todas partes, recibía limosna con una mano por aplaudir con la otra, y cantaba la Marsellesa, dando

autoridades presenciaban el desfile tranquilamente.

La prudencia es una gran virtud, nuestras autoridades muy santas porque son muy virtuosas, y si algún molicoso dice que la prudencia se parece al miedo, le diremos que no es conservador del orden y de la paz que el cargo lleva consigo.

Los obreros no asistieron al meeting y los republicanos se han podido convencer de que la república en Toledo ha muerto á manos de sus intelectuales, y para resucitarla no bastan palabras, se necesitan hechos; no basta prometer, es preciso cumplir. Por esta vez la mojiganga no ha dado resultados, el obrero de Toledo ha visto el juego claro, y como no necesita direcciones de Instituto ni cosas por el estilo, se ha quedado en su casa tranquilamente. ¡Buena lección, buena, buena, buena!

Inocente.

En la Real Academia de la Historia.

(Conclusión.)

Después de acometer este hecho, ¿qué mucho es ver á los Católicos Reyes trabajando con admirable perseverancia por la incorporación de Portugal y que tan bien lo prepararon que «Felipe el Prudente no hiciera otra cosa sino coger el fruto que con su sabiduría y previsora política le depararan sus prudentísimos bisabuelos?

Y á esto siguió la adquisición ó incorporación de otros estados, hecho político ó militarmente, y tantos fueron, que así lo expone el Conde:

«Dichosa edad y siglo dichoso! pudiéramos decir aquí con el ingenioso hidalgo manchego; dichosos tiempos, si, aquellos en que Castilla y Aragón se unían y se conquistaba Granada, y se descubría y se cristianizaba un nuevo mundo, y se recuperaba el Rosellón, y se preparaba la anexión de Portugal y de Navarra, y se conquistaban las Canarias, y se gababa el reino de Nápoles: y todo por la fe, la prudencia, la fortaleza y la perseverancia de aquellas dos grandes almas que, con la unión bendita desu pensamiento y de su acción, determinaron la conjunción feliz y la unidad virtual de las regiones y de los reinos españoles.»

Y, sin embargo, esto no fué todavía la declaración definitiva de la unidad española, «sino la confederación de dos vigorosos estados» como se hace constar por la siguiente fórmula, escrita en piedra en el maravilloso templo de San Juan de los Reyes, joya del gran museo, conocido en el mundo con el nombre de Toledo.

«Este monasterio e yglesia mandaron hacer los muy esclarecidos principes e Señores don Ferrnando y doña Isabel Rey y Reina de Castilla, de Leon, de Aragón, de Ceçilia, los quales Señores por bienaventurado matrimonio se unieron los dichos reynos seyendo el dicho Señor Rey y Señor natural de los Reynos de Aragón y Ceçilia, y seyendo la dicha Señora Reyna y Señora natural de los Reynos de Castilla y de Leon...»

Así, pues, de allí en lo sucesivo, Castilla y León, Aragón, Cataluña, Valencia y Mallorca, todos los reinos y regiones peninsulares, continuaron subsistiendo con su tradicional vida autónoma y su perfecta personalidad política, como desde siglos atrás existían, en los días de los Alfonso, Sanchos, Jaimes y Pedros.

Y aunque la fuerza de las circunstancias no permitía otra cosa «la obra—de la unidad—debía quedar y quedó en esbozo, pero esbozo admirable y trascendental.» «... Así quedó consumada por obra de los Reyes católicos, la que pudiéramos llamar *unidad sentimental* de España. En alas de prósperos vientos siguió en el siglo XVI, para retroceder bruscamente en el

solitismo borbónico, afirmarse en los comienzos del XIX con la lucha nacional por la independencia, y sufrir, en fines del mismo siglo, rudos embates debidos al espíritu particularista.»

Queda aún de Isabel un acto de imperocedera fama: su testamento, y de él se acuerda el erudito y gran historiador, porque es «espejo—dice un escritor del pasado siglo—del alma de Isabel, modelo de religiosidad y de ternura, donde los padres, las esposas, los amos, los reyes pueden tomar lecciones sublimes de las virtudes que convienen á todos ellos; monumento admirable en que se encierra su ideal político, muchas de cuyas disposiciones quedaron por desdicha incumplidas, con inmenso daño de España.

Convencida de lo funestas que fueran á la Corona y al reino las tan frecuentes enajenaciones de ciudades, villas, lugares y fortalezas, revoca y anula muchas de ellas que no nombra, como no emanadas de su libre voluntad. Repueba la enajenación de la ciudad y fortaleza de Gibraltar, hecha por Enrique IV y anulada por ella misma, «por ser como es la dicha Ciudad de la dicha Corona e patrimonio Real, e vno de los títulos de los Reyes de estos mis Reynos», y manda á sus hijos y á los reyes todos que á éstos sucedan «que siempre tengan en la Corona e patrimonio Real dellos, la dicha Ciudad de Gibraltar, con todo lo que le pertenesce, e no la den, ni enajenen, ni consientan dar, ni enajenar, cosa alguna de ella.»

Es bien notorio que la Reina se refería aquí á posibles enajenaciones en favor de poderosos magnates del reino; pero al encarecer por tan especial manera la conservación de Gibraltar para la Corona y los perjuicios que lo contrario acarrearía, ¿no parece aquella singular mujer una vidente que no sólo granjea la salud de España y estima el valor del Peñón famoso, sino que escudriña lo futuro y lee en el libro de lo porvenir? Aquella que comenzaba su reinado estorbando la desmembración del hogar hispano: aquella que lo remataba prohibiendo la enajenación de Gibraltar, aquella era, y no su desdichada rival, la Reina que convenía, la Reina legítima, según el fallo inapelable dictado por su pueblo.

Al finalizar el Conde su discurso notable, quiere reflejar de lleno la brillantez esplendorosa de aquel feliz reinado, de que ha llenado su mente, arrebatando á su auditorio con una digna despedida, y con gran elocuencia lo hace en los siguientes magníficos párrafos:

Voy á terminar, señores, temeroso ya de agotar vuestra inagotable benevolencia. Resumiendo, pues, digo que el gigante título de gloria de los Reyes Católicos (no de Isabel sola), el que presta mas color á su reinado, es haber hecho surgir una España que no existía; una España grande en el interior y en el exterior; grande, no tanto por la extensión territorial, que fué considerable, ni por la unidad peninsular, entonces aún no consumada, cuanto por lo vasto y armónico del plan, el vigor en la ejecución, la intensidad en el gobierno, la feliz orientación del pensamiento nacional. Inescrutables designios de la Providencia no permitieron á Isabel ver fenecida una obra por ella tan sabiamente comenzada.

No importa; la semilla había arraigado en un terreno fecundo. Antes de un siglo, Navarra y Portugal, hermanos rezagados, y por rezagados no menos queridos, daban nuevo magnífico resaca á la Corona de nuestra vieja, Monarquía, y Felipe II pudo con verdad titularse ray de España, honor sólo á él reservado desde la ruina del imperio gótico.

¡Cuán gran ray fué Isabel II! ¡Cuán difícil ensalzaria con palabras y conceptos adecuados á sus méritos! ¡Cuán ingrato divertirl luego la mente hacia otros personajes y sus gestas, siquier ilustres, siquier loados con justicia por la Historia!

«¡Callemos de todos—repita la lengua con Juan de Lucena;— todos callemos ante la muy replandeciente Diana, Reina nuestra Isabel, caada, madre, Reina, y tan grande, asentando

nuestros cerros parando; oyendo nuestras querellas; nuestros juicios formando; inventando vestires; pompas hablando; escuchando músicos...; rodando sus reinos; andando, andando, y nunca parando... ¡Oh, ingenio del cielo armado en la tierra! ¡Oh, esfuerzo real, asentado en flaquezal ¡Oh, corazón de varón vestido de hembra, ejemplo de todas las reinas, de todas las mujeres declado y de todos los hombres materia de letra!»

Si, matrona excelsa, escudo de nuestra fe, gloria de nuestra patria, prez de nuestra realza, heroína incomparable, amiga de la fama, corredentora de un mundo, honor de las hembras castellanas, dechado de virtudes, bienaventuranza de España, asombro de los siglos; callemos ante tí de todos, callemos aun de tí misma, incapaces de alabar lo que por sí se alaba. Suspense ante tu grandeza, cese ya en mí elogio desmedrado y hable por mí el trovador nacional cuando de esta suerte buscó disculpas á sus arreos:

¡Augusta sombra de Isabel! Perdona si mi ruda canción osa, atrevida, llegando, irreverente, á tí persona, del férreo evocarle á nueva vida.

Sé que la gloria que, inmortal te abona, no puede por mí voz enaltecida ser; mas yo bajo á tu mansión mortuoria no á engrandecer, sino á adorar tu gloria.

Tarde, sin duda, para la información, ha llegado á nuestro poder el discurso del Conde por el mal estado de las comunicaciones en los pasados días; pero no es tarde para hacer saborear á nuestros lectores la enseñanza y galanura de sus párrafos, ni de adecuar nuestra felicitación á las muchas que, por su luminoso trabajo, ha merecido el ilustre académico.

Crónica Republicana.

Preludios.—Recepción.

A qué fué Antón á Grand... á ná...

Pues á eso han venido aquí Lerroux y compañía. A nada útil para Toledo, ni siquiera para su causa (la republicana), como no fuera para sus *personitas*... porque fueron y vinieron, y comieron... pero no adelantemos las cosas. Hagamos un poquito de historia, que bien lo requiere la importancia del asunto...

Los republicanos de esta capital, que por «sus venas sienten correr encendida la sangre de los hombres libres, y en cuyas almas arde el fuego santo, la llama viva de los ideales progresivos» contemplaban con dolor, ¡pero con mucho dolor! que Toledo viviera tan olvidada del mundo, tan emborreada, tan atrasada y, sobre todo, tan sujeta al yugo ominoso del monaquismo y del clericalismo... ¡Es una vergüenza! se dijeron mirándose los jóvenes á los viejos y los viejos á los jóvenes... es una vergüenza que nosotros toleremos esto, teniendo en nuestras manos, ó mejor dicho, en nuestras lenguas, el remedio. Es menester devolver á la *Athena Española* todo su antiguo esplendor; es necesario resucitar sus triunfos y sus glorias... Toledo ha sido grande y poderosa cuando en su seno no existían ni curas, ni frailes, ni monjas; cuando la Religión Católica no invadía las conciencias; cuando no sufría, como ahora, los duros golpes del cetro de los reyes... Toledo nunca ha sido creyente; nunca ha sido monárquica. Toledo siempre ha sido republicana, siempre irreligiosa... Todos los restos que aún duran de su perdida grandeza, denuncian bien á las claras la influencia bienhechora de la República; desde que se convirtió en ciudad levítica, se arruinó por completo. Hagamos, pues, que Toledo vuelva á ser lo que antes era, y arranquemos, para eso, los estorbos que lo impiden... Hagamos que el pueblo se entusiasme con nuestra causa, única redentora. Vengan dos ó tres, ó cinco, ó seis de los más *ilustres caudillos* de nuestro partido, suelten seis ó siete ó nueve ó diez *crucetas*, de esas que ellos